

En cierto modo fue mi culpa. Lo supe cuando esa noche, Elaine Ingram, a quien conocí durante años, me dijo después del funeral:

—¿Preguntó por mí, Harry?

Su hermano había fallecido. Tenía que decirle la verdad.

—Sí —le dije—, seguía preguntando por ti. Seguía diciendo cuánto te amaba.

—¿Dijo que volvería? —Elaine susurró.

—Sí, él dijo que volvería.

Ella y su esposo, Peter Ingram, se hicieron cargo de la vieja casa al borde del pantano. Peter era escritor; él podría ganarse la vida en cualquier lugar. Y Elaine insistió en mudarse porque, dijo, Mark volvería alguna vez y seguramente regresaría a la casa donde había muerto.

Durante seis meses vivieron en esa casa, y pude ser muy buen amigo de Peter. Él venía a la estación de radio de vez en cuando y se sentaba conmigo mientras estaba de guardia. A veces, a mitad de la guardia, que generalmente es aburrida alrededor de las cuatro de la mañana, él hurgaba, hacía preguntas, y le decía todo lo que sabía sobre ser un hombre de radio.

Tenía una aptitud natural para ese tipo de cosas y, en poco tiempo, podría haberse sentado allí junto al insecto y trabajar un turno sin muchos problemas, si me hubiera atrevido a dejarlo. Una noche estaba sentado allí, mirándome, y cuando llegó una pausa y me recosté para encender un cigarrillo, dijo de repente:

—Harry, estoy preocupado por Elaine.

Sabía cuál era el problema. Elaine estaba convencida, ya ves, de que su hermano muerto volvería con ella.

—Ella simplemente se sienta allí en la sala de estar —dijo Peter—, y nunca dice una palabra. El viejo Yago se sienta allí con ella. Harry, tengo que hacer algo al respecto. Me está volviendo loco.

—¿Por qué no te deshaces de Yago?

—A Elaine le gusta.

Este Yago había vivido en varias chozas de la ciudad desde que tengo memoria. Afirmaba ser un indio seminole. Bebía mucho y la gente decía que era raro. Fuera lo que fuese, Elaine se había encariñado con él y lo había contratado para trabajar en el lugar; y ahora vivía allí.

—Harry —dijo Peter—, tengo que convencerla de que está equivocada, que los muertos no regresan. Pero ya no me hablará más. Si expulsara a Yago, ella solo profundizaría en esos malditos libros suyos.

Lo pensé por un rato y finalmente le dije:

—¿Por qué no lees sobre el espiritismo? No puedes esperar discutir con Elaine a menos que puedas hablar su idioma.

Estaba jugando con un viejo amplificador que había estado sobre mi escritorio. Me miró un momento y luego asintió. No lo volví a ver en dos semanas, hasta que Macy me dijo un día:

—¿Qué diablos está haciendo Ingram? Estuve en la oficina de correos esta mañana y había media docena de cajas de equipos de la Beacon Radio Company, dirigidas a él. Pensé que era escritor.

—El pobre tiene que tener un pasatiempo de algún tipo —dije—. Está solo.

Pero esa noche, para satisfacer mi curiosidad, descubrí una excusa para llamarlo y conduje hasta allí a las nueve en punto. Era una noche negra, y cuando las noches se ponen negras en Florida, son como tinta.

Conduje despacio porque el camino era malo, y pude escuchar las ranas gruñendo en el pantano a mi alrededor. Después de un rato vi las ventanas iluminadas de la casa. No puedes imaginar una casa en un lugar como ese a menos que hayas vivido en Florida. Este lugar era enorme. Tenía unas doce habitaciones y parecía un pequeño hotel, muy ornamentado y elaborado; sin embargo, era la única casa en kilómetros a la redonda.

Según recuerdo, un sujeto rico de Nueva York pensó que la ciudad crecería tan lejos, invirtió una pequeña fortuna en la casa y luego se dio cuenta de su error. La puso en manos de un agente que no podía venderla, porque, ¿quién querría vivir a kilómetros de la civilización al borde de un pantano lleno de serpientes, cocodrilos y bichos? Así que el agente alquiló el lugar a Elaine, Mark y su madre, esto fue antes de que Elaine se casara con Peter Ingram. Entonces la madre murió, Elaine se casó, y Mark se quedó

solo.

Esa casa le hizo algo. Quiero decir, a Mark. Nosotros en la estación notamos un cambio en él y le suplicamos que se mudara a la ciudad. Nos respondió que nos ocupáramos de nuestros propios asuntos. Solo le interesaban sus libros. Renunció a su trabajo en agosto.

—Dile a Crandall que he terminado —dijo.

Le rogué que lo reconsiderara. Le dije que era injusto de su parte renunciar así, sin darme la oportunidad de conseguir que un hombre lo reemplazara en la estación. Me miró fijamente, y había una luz extraña y apagada en sus ojos, y sus ojos nunca parpadeaban.

—Lo siento —dijo—, pero tengo trabajo que hacer.

Durante un mes no lo vi. Luego se corrió el rumor de que estaba enfermo, y fui allí para averiguarlo. En efecto, lo estaba. Esa extraña y apagada luz en sus ojos se había convertido en una mirada salvaje. Parecía medio muerto de hambre y tenía una fiebre furiosa. Regresé a la ciudad y encontré al doctor Wendell. Esa noche, mientras Doc y yo estábamos con él, Mark murió.

Ahora Elaine, Peter y el viejo Yago tenían el lugar. Cuando salí del auto esa noche, Yago me abrió la puerta.

—Hola —dije—. ¿Está el señor Ingram en casa?

Yago asintió y lo seguí al interior de la sala de estar. Era una habitación enorme, con una gran chimenea y muchos muebles mohosos. Elaine estaba sentada allí, leyendo. Yago cojeó hasta una silla cerca a la chimenea y no me prestó más atención. Elaine levantó la vista y dijo:

—Hola Harry.

—Tengo una buena historia para Peter —le dije—. ¿Está por aquí?

—Está arriba.

Ella no se levantó para ir tras él, sino que se sentó allí, mirándome. Era una chica guapa, Elaine, un poco pequeña pero delgada y con rasgos muy uniformes. Sin embargo, parecía cansada y pude ver que últimamente no se había preocupado mucho por su aspecto. Se había descuidado un poco, supongo, porque no tenían muchos visitantes y ella rara vez iba a ninguna parte excepto al pueblo.

—Iré a hablar con él —le dije, pero ella negó con la cabeza.

—Está trabajando. Me temo que no querrá que lo molesten.

Bueno, había algo extraño en el aire, y no sabía exactamente qué hacer. Podría haberme reído y haber ido al taller de Peter de todos modos, pero algo en la forma en que Elaine me estaba mirando me dio escalofríos.

—Es bastante tarde —murmuré—. Tal vez sea mejor que vuelva otro día.

Pero en ese momento escuché que se abría una puerta arriba.

—¿Eres tú, Harry?

Cuando subí, vi de inmediato que estaba en mal estado. Llevaba pantalones y zapatillas y no tenía camisa; además, necesitaba afeitarse. No podría haberse visto peor después de una semana de borrachera.

—Ha pasado mucho tiempo desde te vi por última vez —dije.

Él asintió, y siguió asintiendo por un momento mientras me miraba. Parecía estar decidiéndose a hacer algo, y luego, abruptamente, me agarró del brazo y dijo:

—Quiero mostrarte algo.

Su sala de trabajo estaba al final del pasillo y no me soltó el brazo hasta que estuvimos adentro con la puerta cerrada.

—Incluso mi esposa no ha entrado en esta habitación en las últimas dos semanas —dijo—. Mira.

Miré, y mi boca se abrió. Era una habitación grande y apestaba a humo de cigarrillo rancio. Las cortinas estaban bajas, y las ventanas también, supuse que por mucho tiempo. Todo el lugar estaba repleto de aparatos de radio.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exigí— ¿Construyendo una estación de radiodifusión?

—Míralo —dijo en voz baja.

Lo miré por encima. Tenía un aparato de onda ultracorta que era diferente a cualquier cosa que hubiese visto. El receptor aparentemente todavía estaba en la etapa experimental, con cables sueltos y condensadores desconectados y enredados en un verdadero desastre, pero el transmisor fue lo que me hizo perder el aliento. Sabía de

qué se trataba esta cosa, este transmisor, pero los amplificadores de aspecto extraño que Peter había conectado me dejaron perplejo.

Me vio entrecerrando los ojos con incredulidad.

—No te preocupes —dijo—. Funcionará. Estoy lanzando las frecuencias ultra altas fuera del espectro con esa conexión de amplificación.

—Lo que harás —dije—, es volver locos a los muchachos de la estación, interfiriendo con nuestra recepción. Además, no tienes una licencia.

—Para lo que estoy haciendo no necesito una licencia. Además, está lejos de estar terminado. Todavía estaré un mes trabajando en ello antes de estar listo.

Me acerqué a su escritorio. Tenía una pila de libros de radio allí que habrían probado el aprendizaje de un ingeniero eléctrico avanzado. Empecé a mirarlos, pero él dijo suavemente:

—No te preocupes por eso, Harry.

Abrió un cajón. Había más libros allí, libros de un tipo diferente.

—Algunos estaban en la casa cuando vinimos aquí —dijo—. Mark debe haber estado estudiándolos. Otros los obtuve por correo, de un coleccionista.

Leí un par de títulos, pero para mí todo era griego. Cosas sobre la misa negra y Bethmoora y los lagos negros de Hali. Cosas sobre el vudú y las artes oscuras.

—Demonios —dije—, solo una nuez se molestaría en vadear esta basura. ¿Qué te está ocurriendo, de todos modos?

—Ella lo lee —dijo.

—¿Quién? ¿Elaine?

—Sí.

—¿Quieres decir que ella toma esta basura en serio?

El asintió. No me gustó la forma en que me miraba, tampoco la forma en que manipulaba esos libros cuando volvió a colocarlos en el cajón. Tocaba los libros de la misma manera que algunas personas tocan una Biblia, con algo de reverencia. Entonces, de repente, dijo:

—Elaine no debe saber sobre esto. ¿Entiendes? Ella piensa que estoy trabajando en una novela.

—Eso es lo que pensé yo también —dije.

—Bueno, ahora lo sabes mejor. Pero no debes decírselo a Elaine.

Le dije que no se lo diría a Elaine. Le dije también que podía intentar dormir y que, si no se relajaba un poco, se encontraría en la cama con un ataque de nervios. Su respuesta a eso fue una especie de risa loca, y el mismo tipo de risa seguía surgiendo en pequeñas ráfagas desde su interior mientras caminaba conmigo por el pasillo.

—Iré a verte pronto —prometió, y sostuvo mi mano por un minuto, y sentí sus ojos en mí mientras bajaba las escaleras.

Me di la vuelta y dije:

—Hasta luego —y entré en la sala de estar para darle las buenas noches a Elaine. Evidentemente no hice mucho ruido. Ella no me escuchó llegar.

Estaba arrodillada allí, en las sombras, y frente a ella había una mesa en la que había una fotografía de Mark. Sus manos agarraron el borde de la mesa y su mirada estaba pegada a la fotografía. Pensé que estaba rezando. Naturalmente, di un paso atrás y me habría retirado sin molestarla, pero luego escuché las palabras que susurraban sus labios.

—¡Escúchame, poderoso Nyarlathotep! ¡Tú que caminas en las sombras más lejanas por los lagos negros de Hali, escúchame, te suplico! ¡Y tú, Hastur, Príncipe del Mal! Envíalo de vuelta a mí, porque mi propio dios me ha fallado. Dámelo ya que prometió volver.

Me quedé allí, mordiendo mis labios y mirándola. No tenía sentido. Esas palabras, sin dudas pura charlatanería, me asustaron. Sentí pequeños escalofríos arrastrándose sobre mí.

Luego, mientras Elaine seguía repitiendo esas mismas palabras, vi a Yago, el Seminole. Estaba sentado al otro lado de la habitación, mirándome fijamente. Estaba oscuro allí, y sus ojos eran como carbones rojos en la oscuridad. Tuve la sensación de que, si me entrometía, esos carbones me quemarían.

Ya había suficiente. Salí de puntillas y cerré la puerta de entrada detrás de mí tan suavemente como pude. Me metí en mi auto, y salí del pantano.

Esa noche me paré a mitad de la guardia y salté ante el más mínimo sonido. Mis

nervios estaban tan tensos como cuerdas de violín. Incluso el chirrido del código no podía hacerme sentir a gusto, y una vez, mientras trabajaba, una gran araña entró lentamente por la puerta abierta en la sala de transmisión, y retrocedí con un chillido.

No pasé ni siquiera cerca de la casa de Peter Ingram durante tres largas semanas. Quería olvidar lo que había visto allí. Pero entonces, una noche...

Se suponía que Macy me relevaría a medianoche. A las once, su esposa llamó por teléfono para decir que estaba enfermo, así que llamé a la casa de George Latham. Su esposa respondió. George estaba en las peleas. Cuando volviera, ella dijo que lo llevaría a la estación.

A la una en punto había estado de servicio durante nueve horas, y de repente todo salió mal. Un carguero noruego estaba llamando con asuntos importantes, y un ruido loco de puntos y rayas sin sentido salió de la nada para ahogarlo y arrancarme las orejas. Durante media hora continuó sin cesar. Cuando llegó George, yo estaba al borde del colapso mental:

—¡Escúchalo! —dije.

Y de repente había algo más para que escucháramos.

¡Era la voz de Peter Ingram! Durante un tiempo, se deslizó hacia arriba y hacia abajo de la escala, como suena un fonógrafo si se presiona un dedo contra el plato giratorio, se lo desacelera, se lo deja acelerar, y luego se lo desacelera nuevamente. No pudimos distinguir las palabras de inmediato, debido a las locas variaciones en el tono. Pero finalmente se estabilizó y la voz de Ingram rugió por la sala de operaciones.

George Latham y yo nos miramos el uno al otro, y ninguno de los dos habló. Mis pensamientos estaban de vuelta en la sala de estar sombreada de esa gran casa al borde del pantano. Estaba de pie allí con los ojos brillantes de Yago sobre mí, y estaba mirando a Elaine, porque las palabras que llegaron rugiendo a través del receptor eran casi las mismas que había escuchado susurrar a Elaine.

Algo sobre los lagos negros de Hali... sobre Nyarlathotep y Hastur y el Príncipe del Mal... y Mark, el hermano de Elaine, que estaba muerto y que había prometido regresar.

Así siguió y siguió, y lo escuchamos. Una llamada de S.O.S. no podría haber silenciado las líneas por completo. Tanto George como yo sabíamos que cada operador a una distancia de escucha estaba haciendo exactamente lo que estábamos haciendo nosotros: olvidando su trabajo y concentrándose en ese extraño y loco murmullo de Peter Ingram.

Finalmente, George dijo explosivamente:

—¡Te he estado diciendo durante semanas que ese tipo está loco! ¡Escúchalo!

Estaba escuchando.

—¡Óyeme, poderoso Nyarlathotep! Tú, que gobiernas los bosques de medianoche a orillas de Hali, escúchame...

—Será mejor que vaya para allá —dije.

Por el bien de Peter, tenía que hacerlo. Por el nuestro, también. El loco estaba interfiriendo con todo tipo de transmisiones importantes. Si seguía así, tendría la ley en el cuello, y entonces tal vez el asunto se nos volvería en contra por haberlo dejado entrar en la estación en distintas ocasiones. No quería perder mi trabajo. Tampoco quería que Peter se metiera en problemas.

Así que George Latham se hizo cargo. Saqué mi auto del garaje de la estación y conduje hasta esa casa al borde del pantano. Estaba lloviendo un poco, y el camino era negro y peligroso, y había una luz en la sala de trabajo de Peter, pero el resto de la casa estaba a oscuras. Pisé un charco al pie de las escaleras y comencé a maldecir. La puerta estaba cerrada. Tuve que tocar, y luego tuve que permanecer allí durante lo que pareció una hora, esperando que alguien respondiera mis golpes.

El viejo Yago abrió. Le dije:

—Quiero ver a Peter; es importante —y lo empujé.

El sirviente me siguió de cerca mientras caminaba hacia las escaleras. Podía sentir sus ojos mordiendo mi espalda. La puerta de Peter estaba cerrada. La golpeé. Una silla raspó el interior, y hubo un silencio extraño y pesado durante unos diez segundos, y Peter dijo:

—Todavía no estoy listo para ti. Vuelve a la cama.

—Es Harry Crandall —dije.

—¿Quién?

—Harry Crandall. ¡Y tengo que hablar contigo!

La silla volvió a rascarse y oí pasos. Debería haber estado preparado, supongo. Debería haber recordado lo delgado y demacrado que había estado en mi última visita. Pero la puerta se abrió, eché un vistazo al hombre y retrocedí. Era como un fantasma.

—Adelante —dijo—. Pensé que eras mi esposa.

Seguí mirándolo fijamente. Su rostro era blanco como la muerte y sus ojos eran como agujeros quemados en una sábana. No había dormido, no había comido, durante días. Estaba seguro de eso. Le temblaban las manos, y un pequeño músculo abultado a un lado de su boca seguía temblando. Su respiración era ronca y rápida, como si el esfuerzo lo lastimara.

Cerró la puerta, puso una mano sobre mi brazo y me llevó hacia el escritorio al otro lado de la habitación. El escritorio era ahora una mesa de radio, en cierto modo. Estaba cubierta de alambres y parafernalia, y en medio del caos colgaba un micrófono.

—Estoy trabajando en ondas de ultra alta frecuencia —dijo Ingram—. Este dispositivo aquí —y señaló el transmisor—, es un aparato capaz de emitir señales fuera del espectro conocido.

Puse mis piernas bien separadas, apreté mis manos contra mis caderas y lo fulminé con la mirada.

—No estabas trabajando en las ondas de alta frecuencia hace un tiempo —gruñí—. ¡Has generado el infierno en toda la costa atlántica!

—Estaba experimentando. Probablemente tenía algunos defectos. Eso se solucionó. Ahora estoy listo para comenzar.

Eché un vistazo a su aparato. No soy Marconi, pero sé lo suficiente sobre la radio como para saber que las cosas de ultra alta frecuencia se encuentran en la etapa experimental. Evidentemente, había estado leyendo mucho. Pero el libro que estaba abierto al lado del micrófono no era un libro de radio. Era uno de esos tomos del cajón del escritorio y estaba lleno de cosas que no quisiera leer a menos que estuviera borracho a plena luz del día. Fórmulas raras, nombres raros, rituales... todo eso. Nigromancia, supongo que lo llamarías. Y algunas de esas fórmulas, si conozco algo de idiomas, estaban en árabe.

—Esto —dije— ¿es lo que estabas emitiendo?

El asintió. Su mano estaba acariciando mi brazo otra vez, haciéndome a un lado, y había una expresión extraña en su rostro, un extraño giro de profana anticipación, cuando se sentó en la silla. La mano que se cerró sobre ese micrófono era tan delgada y huesuda como el puño de un cadáver.

—Escucha —murmuró—. ¡Te lo mostraré!

—Pero...

—No te preocupes. No interferiré con la estación. Lo que tengo que decir saldrá donde ninguna palabra humana haya ido antes. He trabajado durante semanas para llegar al vacío. Esta noche, justo antes de que llegaras, obtuve una respuesta.

—¿Una respuesta de qué? —dije frunciendo el ceño.

—No lo sé todavía. Pero ahora...

Bueno, me quedé allí y lo escuché, y antes de que pasara mucho tiempo sentí un frío mortal, y miedo. Soy un hombre sobrio, he permanecido solo a mitad de las guardias, con el viento sacudiendo las ventanas y la lluvia golpeando el techo de la estación... pero las palabras que susurraron los temblorosos labios de Peter Ingram me estremecieron.

Al principio era lo mismo de siempre, pero el ansia espantosa en el rostro medio loco de Ingram lo hacía diferente. El tipo realmente creía que estaba hablando con alguien. Se lo notaba en sus ojos, por la forma en que pegaba la boca al micrófono. Murmuró algo en árabe, luego volvió al inglés:

—Escúchame, Oh, Nyarlathotep, gobernante de las moradas más oscuras. ¡Escúchame, en nombre de los retorcidos que se arrastran por los pasillos del infierno! ¡Escúchame, en nombre de ella que amamanta al niño sin piernas del vasto lago de Hali! La misa es negra como la medianoche, y la sangre carmesí fluye de las heridas de los dioses a los que he renunciado. Llévame a tu propio seno escamoso y escucha mi oración... Yo era un incrédulo, oh, Poderoso. Primero te busqué con para mi esposa, que cree en ti. Le habría demostrado que no había vida después de la muerte, ni esperanza, ni retorno para los difuntos. Devuélvele sus muertos. Esta es la noche. ¡Esta es la noche que he esperado, Oh, Príncipe de la oscuridad más cerrada! Murió cuando el viento aullaba como lo hace esta noche, cuando la tormenta se desató. Esta noche el camino está abierto...

Peter Ingram no estaba hablando para mí, ni siquiera sabía que estaba allí mirándolo, escuchándolo. Cuando su voz se apagó, todavía estaba sentado allí, agarrando el micrófono, y sus manos temblaban, y gotas de sudor gotearon de su cara gastada y salpicaron el libro abierto frente a él.

La habitación estaba quieta como una tumba. La lluvia que azotaba las ventanas parecía no hacer ruido, y el viento que zumbaba por la casa no tenía voz. No para mí.

Algo estaba mal. En una especie de aturdimiento, me di cuenta de eso. Hace semanas, Peter Ingram había clavado los dientes en un estudio de estas cosas para demostrarle a Elaine que ella estaba equivocada en sus creencias. Estaba decidido a convencerla

de que su hermano muerto nunca volvería. ¡Y ahora él creía todo lo que ella creía, y más! ¡El hombre estaba loco!

—Escucha —murmuré—. Por el amor de Dios, deja de hacer esto. Olvídalo.

Pero estaba susurrando al micrófono otra vez, sin prestarme atención.

—Envíalo de vuelta a ella, Oh, Poderoso —suplicó—. Fue en una noche como esta que murió, y en sus labios había una promesa de regreso. ¡Concédele ese deseo esta noche! ¡Déjalo regresar!

De repente se puso rígido, se sentó allí con los ojos cerrados y comenzó a temblar de pies a cabeza. Di un paso atrás, mirándolo fijamente.

—¡Escucha! —gritó—. ¡Escucha, Elaine! ¡Una respuesta! Te juré que obtendría una respuesta, ¡y lo hice! ¡Yo soy!

Más tarde, en la estación de policía, dije que no había escuchado nada, y lo repito aquí. ¡Ayúdame, Dios, no escuché nada! Peter Ingram se sentó allí, respirando hondo y jadeando de nuevo, y lo miré fijamente, y eso fue todo.

Durante aproximadamente un minuto, un minuto interminable y horrible, no se oyó nada. Entonces escuché algo abajo. Se abrió una puerta. El viento la cerró de nuevo y se rompió el cristal, así que supe que era la puerta principal. Entonces escuché pasos. No eran el tipo de pasos que tu o yo habríamos hecho. Eran ruidosos golpes que sacudían las paredes y el piso en el que estaba parado. Eran pasos lentos y pesados. Alguien había entrado por la puerta principal, que estaba cerrada con llave, y caminaba por el pasillo. Alguien enorme, pesado. Mi mente reprodujo una imagen del monstruo de Frankenstein saliendo de la tormenta.

Peter Ingram giró en su silla y miró hacia la puerta. Estaba cerrada. Ahora creo que Peter esperaba que la cosa de abajo subiera y la abriera, que apareciera en respuesta a las palabras que había murmurado sobre el micrófono. Pero la habitación de Elaine estaba abajo, y la cosa avanzó por el pasillo. Escuché una puerta abrirse, y luego, y luego una mujer gritó.

¡Dios, ese grito!

El sonido llegó hasta nosotros, estridente como el rugido de un huracán. Rasgó y cortó su camino a través de toda la casa, ahogando el ruido de la lluvia, las voces de la tormenta afuera. Durante un largo y espantoso minuto continuó sin cesar, y luego se convirtió en un horrible gorgoteo. Me pareció escuchar algo más mezclado en él: una voz gutural, y un sonido de cuerpos humanos revoloteando en una lucha a muerte. La voz era masculina.

—¡Maldita sea! —bramó—. ¡Me dejaste solo! ¡Me dejaste aquí para que me pudriera! ¡Maldita sea! —Y entonces la voz se convirtió en un repique espeluznante de risa loca y maníaca, y los gritos de la mujer se silenciaron.

Llegué a la puerta del cuarto de trabajo de Peter Ingram, abrí la puerta y fui tropezando por el pasillo hacia las escaleras. Y la voz seguía lanzando estallidos de alegría triunfante. Estaba oscuro allí abajo. Creo que grité:

—¡Elaine, ya voy! ¡Ya voy! —pero no estoy seguro de eso, o de ciertas otras cosas, tampoco.

Sé que una forma apresurada aceleró a lo largo del pasillo inferior mientras bajaba las escaleras. Esa forma estaba gimiendo y sollozando como un animal asustado, y se precipitó hacia la puerta principal, que estaba abierta, y desapareció en la noche: era Yago, el indio.

También sé que Peter Ingram se paró allí en lo alto de la escalera y siguió gritando:

—¡Me respondieron, Elaine! ¡Me respondieron!

Pero Ingram estaba loco. Los doctores dijeron que estaba loco.

De todos modos, llegué al pie de esas escaleras, encontré un interruptor de luz y fui tropezando por el pasillo inferior hasta la habitación de Elaine. La puerta estaba abierta, y habría entrado si la luz no me hubiera mostrado lo que me esperaba.

La habitación estaba en ruinas. Se volcaron las sillas, y la ropa de cama estaba por todo el piso... y el piso era rojo. Rojo de sangre. Elaine yacía en un montón arrugado y retorcido contra las patas de un tocador.

No tuve que acercarme más para saber que no podía ser de ninguna ayuda. Pude ver su rostro, su garganta. Algo con manos increíblemente poderosas la había desgarrado.

Retrocedí por encima del umbral. Encendí todas las luces, me tambaleé al pie de las escaleras y miré a Ingram, que todavía estaba allí, esperando.

—Baja —murmuré—. ¡Por el amor de Dios, Peter, ven aquí!

Pero él solo se quedó allí, apoyándose en la pared con una mano, y sujetando el poste de la barandilla con la otra.

—¡He recibido una respuesta! ¡Dile a Elaine que se apure! ¡He recibido una respuesta!

Lo dejé allí. Salí tambaleándome de la casa, subí a mi auto y conduje hasta la ciudad. Cuando la policía fue allí, aproximadamente media hora más tarde, encontraron a Ingram caminando de un lado a otro por el corredor de arriba, enfurecido porque su esposa no se acercaba a él. Encontraron a Elaine en la habitación de abajo, como la había dejado.

Más tarde me escucharon y les dije exactamente lo que acabo de decir aquí. Intercambiaron miradas y dijeron con firmeza:

—Yago es el hombre que queremos. Lo encontraremos.

No encontraron a Yago. Aún no lo han hecho. Era un indio seminole, y los seminoles conocen cada centímetro de los Everglades, cada escondite del gran pantano.

Yago nunca será encontrado, y quizás eso sea lo mejor. Porque si lo atraparan, podría decirles la verdad, o lo que yo creo que es la verdad, y podría hacer que lo creyeran. Y luego me volverían a preguntar, y podría decir toda la verdad.

Pienso en ello cuando estoy solo en la mitad de la guardia. Oigo el viento que sale del pantano y escucho a las ranas gruñir... y pienso en la noche en que murió el hermano de Elaine. Porque al principio debería haberles dicho a Elaine y Peter cómo murió, en lugar de mentirles.

Debería haberles dicho que Mark estaba loco cuando Doc Wendell y yo nos sentamos junto a su cama esa noche. Debería haberles dicho que no solo prometió regresar, sino que juró regresar, juró volver en un arrebató de rabia y destruir a su hermana por haberlo abandonado.

Las horas de la guardia nocturna son largas y negras, y más de una vez, de rodillas, he rezado por la luz del día.